

LÁGRIMAS DE ACERO

Lorena Gallardo

© 2025, Lorena Gallardo
© 2025, Editorial Runaris

Diseño editorial: Editorial Runaris
Contacto: info@editorialrunaris.es
Web: www.editorialrunaris.es
ISBN: 978-84-09-73578-5
Sello: Editorial Runaris

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida, salvo autorización expresa, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, total o parcial, en cualquier soporte y por cualquier medio técnico, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático, conforme a lo establecido en la legislación vigente sobre propiedad intelectual.

La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual tipificado en los artículos 270 y siguientes del Código Penal español.

El titular de los derechos se reserva el derecho de ejercer las acciones legales, civiles y/o penales, que correspondan para la defensa y protección de esta obra..

ÍNDICE

PREFACIO.....	9
CAPÍTULO 1: EL CHICO DEL PARQUE DE ROSAS.....	11
CAPÍTULO 2: ¿CÓMO TE LLAMAS?.....	17
CAPÍTULO 3: «ERES LA CHICA MÁS ESPECIAL QUE HE CONOCIDO».....	21
CAPÍTULO 4: ¿QUIERES VIVIR CONMIGO?.....	27
CAPÍTULO 5: EL RAMO DE ROSAS.....	33
CAPÍTULO 6: EL PISO.....	39
CAPÍTULO 7: LA MUDANZA.....	43
CAPÍTULO 8: REDUCCIÓN DE JORNADA.....	47
CAPÍTULO 9: LA DIMISIÓN.....	53
CAPÍTULO 10: EL AMOR ESTÁ EN EL AIRE.....	59
CAPÍTULO 11: TERROR.....	65
CAPÍTULO 12: LA REACCIÓN.....	69
CAPÍTULO 13: LA PRESENTACIÓN.....	75
CAPÍTULO 14: EL VIAJE.....	79

CAPÍTULO 15: AEROPUERTO.....	87
CAPÍTULO 16: REGRESAR.....	95
CAPÍTULO 17: AYÚDAME.....	99
CAPÍTULO 18: LA VUELTA A CASA.....	105
CAPÍTULO 19: TRISTEZA.....	111
CAPÍTULO 20: DEPENDENCIA EMOCIONAL.....	117
CAPÍTULO 21: LA PISCINA.....	123
CAPÍTULO 22: LA PIZZA.....	129
CAPÍTULO 23: RESURGIENDO.....	133
CAPÍTULO 24: ¿ME MARCHO?.....	141
CAPÍTULO 25: SUEÑO CUMPLIDO.....	145
CAPÍTULO 26: EL VIAJE.....	149
CAPÍTULO 27: CONNECTICUT.....	159
EPÍLOGO.....	163
NOTA DE LA AUTORA.....	167
AGRADECIMIENTOS.....	169

*A todas esas grandes luchadoras
que han pasado o están pasando
por lo mismo.*

PREFACIO

Querido diario,

Hoy me siento mejor.

Ya no tengo pesadillas con él. Comienzo a verme un poquito mejor cuando me miro en el espejo.

Aún no confío plenamente en el género masculino, aunque ya no me sobresalto cuando me rozan por la calle sin querer.

Aún tengo miedo de salir o quedarme sola mucho tiempo. Temo que vuelva.

La psicóloga me ha recomendado escribir todo lo que me ocurrió; escritura terapéutica lo llama.

Por ello he vuelto a sostenerte entre mis manos, por ello me he decidido a desempolvar tus amarillentas páginas por el paso del tiempo.

Si escribirte y contarte todo lo que me ocurrió me cura en una milésima parte mi corazón, entonces merecerá la pena todas las lágrimas que derramé por el camino.

Para que entiendas de lo que hablo, debo comenzar por el principio.

CAPÍTULO 1

EL CHICO DEL PARQUE DE ROSAS

2 años antes, en Madrid

Conocí a Lucas una tarde cualquiera del caluroso mes de agosto. Yo era una chica deportista y, en forma, acostumbraba a correr muy temprano en las mañanas. Ese día cambié la hora, aunque no recuerdo muy bien por qué.

Salí de casa como siempre, ataviada con mis pantalones para correr “rosa fosforito”, como los llamaba mi madre, y mi camiseta de tirantes ajustada al cuerpo. Lo cierto es que me encantaba cómo resaltaba mi figura esa camiseta, así que siempre que podía la llevaba.

Me fui a correr por el mismo lugar de siempre, un parque al que yo apodaba: “el parque de rosas”. Aquel día me encontré con un chico de más o menos mi edad. No recordaba haberlo visto en todo este tiempo, aunque tampoco es que me hubiera fijado demasiado.

Estaba sentado en un banco frente a unas rosas rojas muy vistosas. Pasé por su lado y ambos nos miramos. Recuerdo que me pareció bastante atractivo.

Era un chico fuerte y musculoso, pero sin pasarse, de pelo negro azabache y ojos color verde. Tez muy blanca, parecía que nunca le daba el sol.

Yo seguí mi camino; solía recorrer todo el parque corriendo, intercalando ritmos. La vuelta siempre la hacía caminando a paso ligero, mientras respiraba profundamente el olor que las rosas desprendían.

Al volver a pasar por el mismo sitio de antes, me fijé en que aún seguía ahí. Habrían pasado 45 minutos; aun así, no lo vi extraño.

Continuamos mirándonos, aunque ninguno dijo nada. Yo hice todo el camino hasta casa en la absoluta paz y tranquilidad de todos los días.

En aquel momento tenía 25 años y vivía sola en un apartamento de unos 45 metros cuadrados. Muy pequeñito pero acogedor, y para mí sola era más que suficiente.

Trabajaba desde casa como teleoperadora de una conocida compañía de seguros. Hace unos meses habían incorporado el teletrabajo como prueba, y yo accedí. De esta forma tenía más tiempo libre, evitando el desplazamiento hasta la oficina, aunque echaba de menos a mis compañeras.

Después de la ducha y de ponerme el pijama más fresquito que tenía, me tomé un té helado con limón que yo misma preparaba todas las semanas.

Esa pequeña rutina que tenía establecida me encantaba; me servía mi té helado (algunas semanas de limón y otras de menta), y me sentaba en la

pequeña terraza atestada de plantitas. Disfrutaba del atardecer y la brisa que traía consigo.

Soy una persona de gustos sencillos, nunca me ha gustado el alcohol ni fumar, y mucho menos salir de fiesta. Disfruto de un buen libro, una taza de té helado o un café caliente en invierno. Tenía muy pocas amigas y vivían fuera de Madrid, así que hablábamos constantemente por teléfono.

Esa noche, antes de dormir, me llamó Claudia, mi mejor amiga desde hacía unos 5 años.

—Buenas noches, Larita, ¿qué tal te ha ido el día?

—Claudia siempre acostumbraba a llamarme Larita, ya que me llevaba unos 3 años. Una “burla” amistosa que comenzó cuando me conocí.

—Buenas noches, Claudita —le devolví el gesto—. Pues lo cierto es que, como siempre, sabes que soy una chica sencilla.

—Demasiado, diría yo. Te llamo cada dos noches y siempre me dices lo mismo —bufó, enfadada—. A ver si te echas un novio.

—Lo cierto es que he conocido a un chico. Bueno, nos hemos mirado mientras corría.

—¿Qué sois, adolescentes? ¿Y no te has atrevido a presentarte o preguntarle su número de teléfono? —Claudia, siempre tan atrevida. Cualidad que yo no tenía, por supuesto.

—Claudia, tú eres demasiado atrevida. Acepta que el resto de las personas seamos más bien tímidas —le reprendí.

—Lara, ¿cuánto tiempo llevas soltera? —La pregunta del millón.

—Pues no lo sé, quizá unos 3 años —año arriba, año abajo.

—Redondeando por lo bajo, ¿no?

—No sé, Clau, no me agobies.

—Te urge una de mis visitas de fin de semana. En 10 minutos sabes hasta su cuenta bancaria —y no le faltaba razón. Claudia era muy, pero que muy persistente. Era genial como celestina: en un día nos habría presentado, casado y hasta celebrado las bodas de oro.

Finalizamos la llamada entre risas. Lo cierto es que hablar con Claudia era una terapia sin igual. Claudia tenía más o menos mi edad y nos conocimos durante una feria del libro en la que coincidimos ambas en Madrid. Ella también era un ratoncito de biblioteca, aunque menos tímida y mucho más atrevida.

Siempre he dicho que los libros te hacen viajar a otros mundos sin moverte del sillón, pero también te unen a personas maravillosas y extraordinarias.

Claudia y yo compartimos el gusto por la literatura y, en especial, por la fantasía, así que siempre estábamos recomendándonos libros nuevos que leer. Nuestra lista crecía exponencialmente cada vez que nos veíamos en persona. Ella vivía en Toledo, y aunque ambas estábamos bastante enfrascadas en nuestros quehaceres cotidianos, siempre encontrábamos un hueco.

CAPÍTULO 2

¿CÓMO TE LLAMAS?

Hacía una semana que corría por las tardes, esperando encontrarme a ese chico misterioso. Aunque, para mi desgracia, desde aquel día no lo había vuelto a ver.

Pero un buen día, o más bien un mal día, ya que estaba empezando a lloviznar, lo vi. Parece que el clima me enviaba mensajes subliminales, ya que este fue el comienzo del infierno.

—¿Cómo te llamas? —Su pregunta me pilló tan de improviso que casi tropiezo con la farola de delante. Menos mal que frené en seco; eso me libró de hacer el ridículo más espantoso de toda mi vida.

—Soy Lara, ¿y tú? —le pregunté, acercándome un poco más a él.

—Yo soy Lucas, perdona por irrumpir así —su voz era como la había imaginado en mi subconsciente, grave pero melodiosa.

—No pasa nada, nos vimos una vez, ¿verdad? —No quería decirle cuánto tiempo había pasado desde entonces para no sonar desesperada.

—Sí, hace más o menos una semana. Me senté aquí a disfrutar un poco del paisaje.

Ahora lo parecía él, pero me alegré de no haberlo dicho yo.

Estuvimos charlando un rato sobre los dos. Me enteré de que se había mudado hacía un mes escaso a Madrid para trabajar como camarero. También que tenía 30 años, y yo que pensaba en un principio que tenía más o menos mi edad.

Quedamos para tomar un helado la tarde siguiente después de mi hora de footing. Agradecí que no quisiese quedar por la noche en un bar, ya que ese plan no me satisfacía lo más mínimo.

Estaba tan contenta, feliz y extasiada, que en lugar de ir a correr, estuve una hora frente al armario enano de mi cuarto. Llamé a Claudia, la cual se puso más contenta que yo, incluso.

—¡Ya era hora! Una semana pendiente del cotilleo que no llegaba nunca —pegaba grititos de alegría.

—No lo había vuelto a ver, Clau, no es mi culpa —me excusé sin éxito.

—Y aunque lo hubieras vuelto a ver cada día, seguirías sin saber siquiera su nombre, Larita.

—Ya vale, Clau, ja, ja, ja.

Estuvimos hablando y riendo un buen rato. Entre carcajada y carcajada me ayudaba a elegir modelito y maquillaje, lo cual me facilitó enormemente la tarea.

Quedamos delante de una heladería cercana al parque donde nos conocimos, lo cual me pareció bonito.

Llegué a la hora acordada tan nerviosa que me hubiese mordido las uñas si no fuera porque me parecía repugnante. Al llegar, lo localicé esperándome en un banco.

—Hola, disculpa si te he hecho esperar mucho —me disculpé mientras me sentaba a su lado.

—Tranquila, llevo solo 5 minutos. Soy de llegar temprano a las citas importantes —este comentario hizo que mi corazón brincara de alegría.

Estuvimos cerca de una hora y media hablando y conociéndonos. Me contó que había tenido tan solo una relación seria y que lo dejó bastante marcado, aunque ya llevaba soltero casi 2 años.

Yo le conté que mis relaciones habían sido un fiasco, que me habían hecho mucho daño y por eso me costaba abrirme otra vez a ellas.

Él se mostró muy compasivo y me dijo que iríamos despacio.

Así que nos dimos nuestros números de teléfono y quedó en llamarme para una próxima cita.

Yo salí casi dando saltitos de alegría. Me había parecido un hombre tan educado, comprensivo y caballeroso, que no me creía la suerte que había tenido al conocerle.

CAPÍTULO 3

«ERES LA CHICA MÁS ESPECIAL QUE HE CONOCIDO»

Querido diario...

En aquel momento yo estaba que no cabía en mí de felicidad. Desde que nos habíamos dado los números de teléfono, Lucas no paraba de escribirme e interesarse por mí.

Pronto me daría cuenta de que lo que en un principio parecía bonito e inofensivo, era toda una estrategia de control sobre mi persona.

Pero voy a seguir por donde me quedé, para que lo entiendas.

Los siguientes días se sucedieron con mensajes de aprecio y preocupación por mí. Al principio me pareció un hombre muy cariñoso y atento. Pensé que se preocupaba tanto por mí porque sabía cómo lo había pasado anteriormente. Aunque se lo comenté a Claudia una noche cuando me llamó.

—¿Qué tal con el tal Lucas? —me preguntó con evidente sonrisa.

—Pues la verdad que me parece muy atento, aunque a veces parece que lo es demasiado.

—¿Por qué? —me preguntó con evidente interés.

—Pues hace unos días que nos dimos los números de teléfono, como sabes. El caso es que desde esa misma noche, me escribe casi cada 15 minutos, y si no le contesto me llama preocupado. —La verdad que ese tema empezaba a agobiarme.

—¿Pero con qué fin te escribe cada 15 minutos?

—Pues sobre todo para preguntarme dónde estoy o qué estoy haciendo. Dice que se preocupa por mí y que no quiere que me ocurra nada. Al principio me parecía incluso bonito, aunque me estoy empezando a agobiar.

—Lara, cielo, eso parece comportamiento de controlador. No quiero asustarte, pero es mejor que mantengas las distancias. Como tu psicóloga te lo aconsejo. —Claudia era psicóloga y tenía su propia consulta desde hacía unos 4 años. Aun así, no quise darle tanta importancia.

Yo seguí hablando con Lucas y decidimos volver a quedar para cenar en un restaurante que conocía desde hacía poco. Me arreglé y pasé a recogerme a mi casa con su coche. Decidí que en el camino le explicaría que me estaba comenzando a agobiar.

No sabía cómo decírselo sin que se ofendiera. Yo quería seguir conociéndolo porque me gustaba de verdad. Aunque Claudia me había reiterado que era mejor alejarse de él, yo en ese momento no creí que fuera un controlador obsesivo.

—Lucas, verás, quería comentarte algo. —Iba con pies de plomo.

—Dime, preciosa —dijo mientras sonreía.

—Veo que me envías mensajes cada 15 minutos, y si no te contesto, me llamas. Al principio me parecía bonito, pero me estoy comenzando a agobiar un poco.

—Lo hago porque me preocupo por ti. —Notaba cómo apretaba las manos en el volante y el tono de su voz remarcaba que se estaba enfadando.

—Me gustas mucho, pero si pudieras bajar un poco la cantidad de mensajes... —Intenté rebajar el tono, notaba su enfado y no quería eso.

—Tú también me gustas, Lara, por eso actúo así. —Noté que se había calmado un poco. Aun así, creí su explicación y no quise continuar.

La velada fue bastante bien, aunque yo seguía dándole vueltas a la conversación en el coche. Al final, nos despedimos con un beso que acabó de desarmarme por completo.

Fue tan dulce y sincero, que pasé por alto todo lo demás. Antes de despedirse, me prometió que iba a intentar ser menos “intenso”. Yo le creí y pensé que quizá yo había exagerado un poco.

Esa misma noche, antes de acostarme, recibí un mensaje suyo:

Lucas:

Eres la chica más especial que he conocido.

Si el beso no hubiera sido suficiente, esa frase me dejó completamente fuera de juego. Era lo más bonito que me habían dicho nunca. No creí que un hombre como él se fijara en mí.

Aunque a mí me gustaba y practicaba deporte con regularidad, mi físico no era el de una modelo. Tenía un poco de barriga que siempre me había acomplejado. Tampoco era alta, más bien bajita, y mis facciones eran muy comunes.

Toda mi vida me habían hecho creer que un hombre de sus características nunca se fijaría en mí, así que ahora que Lucas había aparecido en mi vida, no podía perderlo.

CAPÍTULO 4

¿QUIERES VIVIR CONMIGO?

Habían pasado tan solo dos meses, en los cuales habíamos ido quedando con regularidad. Nunca había sido tan feliz y parecía que había dejado de ser tan “intenso” como me dijo que haría. Así que yo me encontraba en el mejor momento de mi vida, tenía trabajo y además había empezado a salir con Lucas.

Claudia no parecía muy feliz, aunque yo me había empeñado en asegurarle que había cesado con los mensajes. Aunque fingió alegría cuando le dije que habíamos comenzado a salir, yo sabía que no era así. Así que opté por no hablar demasiado de él.

Todo iba bien, hasta que un día en mi casa, Lucas me hizo una pregunta que no me hubiera esperado ni en mil años.

—Lara, he estado pensando una cosa... Verás, llevamos un mes juntos, pero yo estoy tan bien contigo que quería preguntarte algo. —Se le veía nervioso, así que le sonreí.

—Dime, cariño.

—¿Quieres vivir conmigo? —La pregunta me dejó descolocada, no sabía cómo reaccionar ni qué responder. Aunque estaba muy a gusto con él y cada día me enamoraba más, aún no quería dar ese paso.

—Sabes que estoy enamorada de ti y que cada día estoy mejor contigo, pero no me siento preparada para dar ese paso aún. —Opté por ser lo más sincera que podía, aunque no se lo tomó nada bien.

—¡Si estuvieras tan enamorada de mí como dices, aceptarías! —Su reacción no me la esperaba, comenzó a alzarme la voz y yo notaba cómo me iba haciendo más pequeña.

—Claro que lo estoy, Lucas, por favor, cálmate, no pretendía hacerte daño. —Notaba cómo salían lágrimas incontrolables de mis ojos.

—¡Pues ven a vivir conmigo si de verdad me quieres! —Sus gritos no cesaban.

—¡No puedo! —Le grité para defenderme, aunque me estaba rompiendo por dentro.

Sin decir nada más, se fue dando un portazo. Yo me quedé sentada en el sofá, cabizbaja y llorando sin control. Nunca habría esperado esa pregunta, pero mucho menos su reacción.

Opté por acostarme y cuando Claudia me llamó, me excusé diciéndole que me dolía la cabeza. No sé por qué no quise contarle nada a Claudia, supongo que porque esperaba su respuesta y no quería escucharla.

Querido diario, déjame hacer este pequeño inciso.

En ese momento estaba tan enamorada de Lucas, o eso creía yo, que no quería que nadie echara por tierra lo que teníamos. Así que me fui alejando de mi mejor amiga sin darme cuenta.

A la mañana siguiente, después del trabajo, decidí enviarle un mensaje a Lucas. No había sabido nada de él en todo el día y eso era extraño.

Lara:

¿Qué tal estás, cariño? Me gustaría quedar y arreglar las cosas.

No recibí respuesta alguna en todo el día, me estaba ignorando y yo no sabía por qué. Solo le había dicho que no estaba preparada para vivir con él. En el fondo tenía la esperanza de que el enfado se le pasara en cuanto pensara un poco las cosas, pero no había sido así y yo me sentía culpable.

Decidí darle un poco de espacio, pero sus mensajes tardaron dos días en llegar.

Lucas:

¿Has pensado en la propuesta?

Ese fue el único mensaje que recibí después de haberme ignorado durante dos días. Pensaba que había quedado claro que no estaba preparada para eso aún, pero no.

Lara:

Lucas, como te dije, no estoy preparada.

No quise parecer seca, pero quería dejarlo claro. Su respuesta no tardó en llegar, aunque no fue la que esperaba.

Lucas:

Pues entonces creo que debemos cortar, no me quieres tanto como dices.

Me quedé con la boca abierta, no tenía ni idea de lo que estaba pasando y me estaba haciendo mucho daño, así que decidí decírselo.

Lara:

Lucas, me estás haciendo mucho daño, yo te quiero y a pesar de que llevas dos días ignorándome, ahora decides cortar porque no estoy preparada para vivir con nadie ahora mismo. No me parece justo.

Vi cómo caía una lágrima en la pantalla mientras lo escribía. Pensé que recapacitaría, pero en lugar de eso me bloqueó. No sabía qué demonios hacer, así que le llamé y no respondió.

No sabía cómo actuar y no podía contarle nada a Claudia, porque sé que me diría que me alejara de él y yo no quería eso, a pesar de que su comportamiento me estaba pareciendo excesivo.

Recuerdo que pasé un infierno y Claudia me preguntaba constantemente qué me ocurría o si estaba bien, a lo que yo únicamente respondía con monosílabos: “nada” o “bien”.

Claudia optó por darme un poco de espacio y yo agradecí que no siguiera preguntando. En el fondo sabía que no debía alejarme de ella, pero en mi mente, en esos momentos, no cabía nadie más que Lucas. Aunque no quería alejarme de ella, no era consciente de que lo estaba haciendo.

CAPÍTULO 5

EL RAMO DE ROSAS

Querido diario, no me juzgues...

He aprendido cosas desde que estoy yendo a terapia, por ejemplo: ahora soy consciente de que alejarme de Claudia no fue mi culpa. A pesar de haberme culpado en multitud de ocasiones, sé que eso es un componente que tienen las relaciones de maltrato psicológico. El maltratador te aísla y hace que desarrolles un apego emocional hacia él, imposible de eludir.

Sé que después de todo lo que te he contado hasta entonces, no debería haber vuelto con él. Pero, de alguna forma, yo no pensaba por mí misma, pensaba por él.

El día que me encontré un ramo de rosas en la puerta de mi casa, grité de alegría porque sabía que Lucas había recapacitado. Se me olvidó en un segundo todo lo que me había hecho pasar. En la nota ponía que vendría a mi casa esa misma tarde después del trabajo.

Yo esperé ansiosa y pacientemente a que dieran las 5.

—Perdóname, Lara, he sido un estúpido, tú sabes que te quiero. —Entró disculpándose.

—Pero no debiste reaccionar así. —Nuevamente, hablaba con pies de plomo.

—Fue culpa tuya, me hiciste mucho daño diciéndome eso y reaccioné así. —Volvió a cambiar la expresión, y aunque me culpó, lo hizo de tal forma que yo fui incapaz de rebatir nada. —Sabes que lo he pasado mal en mi anterior relación y, al decirme eso, me hiciste tanto daño que fui incapaz de pensar con claridad.

—Tienes razón, quizá fui demasiado dura. —En el momento en el que admití una culpa que no era mía, cogió todo el control sobre mi persona. No sé en qué momento ni cómo consiguió convencerme de que la culpa era mía.

—No pasa nada, yo te perdono, mi amor. —Estas palabras llevaban condiciones implícitas de las cuales no era consciente.

Recuerdo que esa reconciliación en su momento fue tan dulce, que ni siquiera cuestioné que hacer el amor no es sinónimo de hacer las paces.

Se fue a su casa durante la medianoche y yo me quedé tan obnubilada y en tal estado de euforia, que fui incapaz de conciliar el sueño.

Los días siguientes, Lucas estaba tan cariñoso y comprensivo que pensé que quizá, la discusión le hizo replantearse su actuación. Me escribía y llamaba normalmente, sin atosigarme. Pensé que por primera vez, estábamos teniendo una relación como otra cualquiera.

¡Cuán equivocada estaba!

La mañana en la que todo se fue al traste no la vi venir, pero tampoco me sentí capaz de hacer nada. Lo quería tanto, me sentía tan bien con él, que no era capaz de decirle que no a nada que le hiciese feliz.

Esa mañana, mientras trabajaba, vi de reojo un mensaje en el móvil. Pensé que ya lo cogería cuando terminase.

Cuando terminé de trabajar, miré el mensaje ilusionada y feliz porque sabía que era Lucas.

Lucas:

Mira el enlace, a mí me encanta. ¿Y a ti? Te quiero como a nadie.

El enlace era a un portal inmobiliario. Un piso de unos 70 metros cuadrados con dos dormitorios y un baño.

El piso me encantó, pero el hecho de que estuviera mirando pisos para los dos sin consultármelo, no me gustó. Creí que ya había desistido de esa idea, pero confirmé que no, cuando vi el siguiente mensaje:

Lucas:

He reservado cita para que vayamos a verlo esta tarde a las 5. Te pasaré a recoger por tu casa, estate preparada.

Lara:

Lucas, pensaba que había dejado claro que aún no quería dar este paso.

Lucas:

Lara, no empieces, siempre haces lo mismo. Estábamos tan bien...
Ya lo has estropeado todo.

Lara:

No, perdóname. Es cierto que estábamos muy bien. Te espero a las 5.
Te quiero.

Querido diario,

Ahora veo lo ciega y manipulada que estaba.
Me llevó mucho tiempo comprender hasta qué punto me manipulaba.
Pero al escribir estas líneas, veo que era capaz de manipularme hasta para hacerme dejar mi casa y, encima, disculparme.
Pero me estoy adelantando, mejor sigo la historia.

CAPÍTULO 6

EL PISO

El reloj marcaba las 4 y yo ya llevaba lista una hora. Pensaba en que se había vuelto a enfadar por mi negativa a mudarme con él. Pensaba que había recapacitado, pero me di cuenta de que seguía siendo el mismo. Algo se rompió dentro de mí, pero me sentía culpable por haber arruinado su ilusión. No quería mudarme con él, aún no, pero la sola idea de hacerle daño me aterrorizaba y me rompía a partes iguales.

En ese momento pensé que la culpa era toda mía, y que debía hacerle feliz a él sin importar cuánto me rompiera durante el proceso.

Lo que no sabía era cuánto me iba a romper por hacerle feliz.

—Estás muy guapa, cielo. Sube, el piso está a unos minutos —me decía mientras me sentaba en el asiento del copiloto. Él estaba sonriente; yo, por el contrario, estaba más asustada que feliz. Aunque tardé mucho en reconocer ese sentimiento.

A medida que avanzaba por las calles, me di cuenta de que estaba saliendo de Madrid.

—¿No has dicho que el piso estaba a unos minutos?

—pregunté con curiosidad.

—Sí, a 20 minutos. Perfecto para desconectar del centro —mi cara de asombro no pasó desapercibida.

—No pongas esa cara, cuando veas la naturaleza y la tranquilidad, te maravillarán y me darás las gracias.

Lo que en ese momento no sabía, e ignoraba de esas palabras en principio “inocentes”, era que me pasaría el resto de mi existencia agradeciendo todo lo que hacía por mí.

Cuando llegamos, era un barrio familiar ubicado en un pequeño pueblo de la provincia de Madrid. Un bloque de pisos de 4 alturas bien entrado en años, aunque muy bien conservado.

El piso era una primera planta con ascensor, y la primera impresión que tuve al entrar fue de calidez.

Me gustó cómo estaba distribuido, con una cocina bastante amplia, separada del salón. Las habitaciones eran de un tamaño normal, ni grandes ni pequeñas. El salón destacaba por su luminosidad y el espacio era suficiente para una familia de 4. Finalmente, un baño bastante anticuado y pequeño.

Lo que más me fascinó fue el balcón tan espacioso y soleado, al cual se accedía desde el dormitorio principal.

Parecía que Lucas había encontrado todo lo que me gustaba, concentrado en ese piso. Aunque la idea de estar tan alejada de mi puesto de trabajo (que, aunque ahora desarrollaba online, tenía la esperanza de volver presencialmente algún día) y de mi familia no me satisfacía en absoluto.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó en un momento a solas en el dormitorio de ese encantador piso.

—La verdad es que tiene todo lo que me gusta, pero la idea de estar tan lejos de mi puesto de trabajo y de mi familia... me incomoda —esto último lo dije con la boca pequeña.

Aún no era consciente de que ya me influía miedo y pavor llevarle la contraria.

—Eso no es inconveniente, yo te dejaría el coche siempre que fuese necesario, e incluso podríamos comprarte uno. Mira, es un barrio estupendo para crear una familia. —No habíamos hablado de formar una familia, aunque siempre había querido ser madre.

—La verdad es que me estás convenciendo. Aunque tengo una duda más... ¿Podremos hacer frente a este gasto? ¿El banco nos dará la hipoteca? —Teníamos dos sueldos, aunque no demasiado altos. El piso costaba 70.000 euros.

—Yo me encargaré de eso, si te gusta, el piso es nuestro. Confía en mí.

Me quedé ilusionada con ese piso. Lucas me lo había pintado tan bien... que no fui capaz de resistirme. Estaba siendo tan atento, cariñoso y respetando mis preocupaciones, que no vi ningún inconveniente. Al menos, no en ese momento.

CAPÍTULO 7

LA MUDANZA

Querido diario, vamos a hacer un pequeño salto temporal...

2 meses más tarde en Madrid

Hacía un par de meses que habíamos ido a ver el piso. Dos meses que pasaron entre algodones, Lucas estaba más atento y cariñoso que nunca. Sentía que me respetaba como no lo había hecho hasta ahora, estaba más pendiente de mis necesidades y me daba más espacio. El banco nos había concedido la hipoteca, tras mucho batallar, aunque con una pérdida. Había tenido que vender mi piso, ese piso que tanto me había costado conseguir y mantener. Necesitábamos liquidez para la entrada y los gastos que la compraventa generaron.

Al principio dudé y mis padres me lo desaconsejaron, porque desde el comienzo no les había caído bien Lucas. Aunque también respetaron mi decisión de apostar por el amor.

Así que, después de tanto quebradero de cabeza, nos estábamos mudando. De hecho, esa fue la primera noche que pasamos en el piso.

Estábamos oficialmente viviendo juntos.

Las primeras semanas fueron de júbilo, éramos tan felices que creo que se veía a leguas de distancia. Yo seguía con mi trabajo desde casa y una vez cada 15 días Lucas venía conmigo a ver a mi familia.

Todo fue bien, a decir verdad, durante ese primer mes de convivencia. Todo se desmoronó en el momento en el que empecé a trabajar en la oficina otra vez.

—Llegas muy tarde a casa, ¿no crees que podrías pedir otra vez el teletrabajo? —me inquirió Lucas una noche mientras cenábamos.

Llevaba toda la semana reincorporada en la oficina y en turno de tarde, así que llegaba a casa a deshoras. También por los 30 minutos que tenía desde el trabajo a casa.

—Ya te lo he explicado, Lucas. La empresa no quiere tenerme más en teletrabajo. Pretenden ascenderme a encargada de la sucursal. —Esa noticia me la habían comunicado nada más reincorporarme al trabajo presencial y estaba de lo más feliz.

—Pero así no vas a poder cuidar de los niños. —Me quedé boquiabierta porque en ningún momento pensaba en tener hijos aún.

—Pero, Lucas, yo aún no pretendo ser madre. —En ese momento dio un golpe en la mesa haciendo que todos los platos cayeran al suelo. Me quedé paralizada mientras veía cómo se iba al dormitorio.

No recuerdo el sentimiento que sentí en ese instante. Recuerdo que fue la primera vez que pude ver su agresividad, que, aunque no era hacia mí, pensé irremediablemente que podría serlo. Y sentí terror. Los días siguientes vivía sumida en el miedo más profundo, tenía miedo de salir al trabajo y llegar tarde otra vez, así que pedí reducción de jornada. La empresa no estaba contenta porque pretendían aumentar mis horas a 40 con el ascenso, y yo les pedía bajarlas. Así que, sin haberlo premeditado ni pensado, me veía trabajando a 24 horas en vez de a 30 ni a 40. No me juzgues, diario, en ese momento yo vivía aterrada, aunque paralizada. Tan solo quería hacerle feliz, aunque yo no lo fuese.

CAPÍTULO 8

REDUCCIÓN DE JORNADA

Llevaba con la reducción de jornada desde hacía una semana y Lucas parecía más contento y feliz, por lo cual yo estaba tranquila.

A causa de pedir la reducción de jornada, mi empresa me descartó para el ascenso, creían que no iba a ser capaz de aguantar el ritmo que se me iba a pedir en el trabajo.

Eso me decepcionó demasiado y se me notó en la llamada con Claudia.

—Lara, de verdad que no comprendo por qué has hecho esto.

—Claudia, ya te lo he dicho, estaba llegando muy tarde a casa. —Preferí omitir a Lucas en aquella conversación. Llevaba sin hablar con Claudia desde la mudanza, y aunque era algo extraño entre nosotras, si le hablaba de Lucas iba a enfadarla.

Sobra decir que Claudia no me apoyó en nada de lo que hice con Lucas. Fue la única de las dos que vio al lobo disfrazado de cordero.

—Y seguro que Lucas no estaba contento con eso, ¿verdad? —A pesar de que quise ocultar a Lucas en esa conversación, Claudia lo conocía demasiado bien, aun sin haberlos presentado.

—Es normal, Claudia, ningún hombre quiere que su novia esté fuera de casa hasta tan tarde. Se preocupa por mí, eso es todo. —Le defendía hasta lo indefendible, aunque en aquel momento creía de verdad en mis palabras.

—Lara, sabes muy bien que soy psicóloga y las puertas de mi consulta siempre estarán abiertas para ti.

Claudia seguía insistiendo en que había tratado a muchas mujeres víctimas de violencia de género, y que todas tenían lo mismo en común: comenzaban igual que yo.

Yo pensaba que Claudia exageraba y así se lo hacía saber. En aquel momento defendí a Lucas, pero es que de verdad creía en mis palabras. Yo pensaba que la culpa la tenía yo por hacerle sufrir a él. Creía que era un hombre que se preocupaba mucho por mí y eso me enternecía.

Tiempo después comprendí que las víctimas de violencia de género no saben que lo son. El maltratador ejerce tal control sobre ti que no eres capaz de verlo.

Al principio de la relación no muestran cómo son, se muestran como los hombres más comprensivos y amorosos del planeta, y con ello caes en sus redes.

Una vez que me tuvo dependiendo emocionalmente de él, jugaba conmigo a su antojo, y yo solo quería hacer todo lo que él quería. Así era feliz, y se

mostraba igual de cariñoso que al principio. Aunque eso solo duraba unos días.

Un día en el cual a Lucas le tocaba trabajar de tarde, decidí hacerle su cena favorita y un bizcocho de yogur para el postre. Estuve cocinando toda la tarde para que todo estuviera perfecto a su llegada.

Dispuse la mesa con un mantel de adornos florales que había comprado esa misma mañana al salir del trabajo, puse unas velas aromáticas con olor a coco (sus favoritas) y saqué la cubertería que guardábamos para ocasiones especiales. No se celebraba nada, pero quería hacerle feliz y sorprenderle.

Cuando llegó a casa se sorprendió como esperaba y me besó de manera dulce y sensual. Recuerdo que, con tan solo esos pequeños gestos, ya era la mujer más feliz del mundo.

Me los daba tan poco, que para mí era lo mejor del mundo cuando lo tenía.

Mientras cenábamos le pregunté por el trabajo.

—Bien, muy cansado, pero ha ido bien.

—Me alegro mucho, a mí también me ha ido bien.

Aunque estoy exhausta, después de la mañana trabajando y la tarde cocinando, je, je. —Comenté sonriendo. No pretendía quejarme. De hecho, la cena la había hecho gustosa, aunque él lo entendió de otra forma. O eso quise pensar yo en ese momento.

—Deberías dejar de trabajar si tanto te agota. Ahora que me han aumentado el sueldo, nos apañamos

bien. —Me quedé boquiabierta. Quise quitar hierro al asunto.

—No digas tonterías.

—No es ninguna tontería, de hecho, llevo días queriendo decírtelo. —Con ello comprendí que estaba equivocada, y eso me asustaba aún más.

—Yo estoy contenta trabajando, llevo en la empresa 7 años.

—Por eso, ya has trabajado suficiente, cariño. Quiero que te dediques a tus hobbies y a tus cosas. Deja que yo trabaje. —Y con eso me dio un tierno beso en los labios y se levantó.

Con ese beso y esa forma de explicar la situación, pensé que me estaba permitiendo dedicarme a lo que de verdad me gustaba, pintar.

Aunque no quería dejar el trabajo, su forma de hacerme ver lo que él quería no me hizo desconfiar. Lo que vendría después me permitió ver la realidad de lo que quería.

Aunque eso vendrá después, no adelantemos acontecimientos.

CAPÍTULO 9

LA DIMISIÓN

Mentiría si dijera que no comencé a fantasear con la idea de volver a pintar. Además, había un cuarto libre y, aunque había una cama, era lo suficientemente amplio como para poner mis útiles de pintura.

Desde bien pequeña me había gustado pintar. Tenía mil bocetos esparcidos por la casa de mi infancia, y mis padres siempre me apoyaron. Al final, si quería comer y pagar facturas, tenía que ponerme a trabajar, así que eso hice. Encontré empleo en la oficina de seguros y me prometí a mí misma que no dejaría de lado mi verdadera vocación: pintar.

Por desgracia, trabajar de teleoperadora me mantenía la cabeza ocupada más de lo que me hubiera gustado, y entre eso y el hecho de acabar cansada y agotada, empecé a dejar de pintar.

Llevaba cinco años sin pintar; mis útiles de pintura estaban guardados en el trastero, cogiendo polvo. La sola idea de volver a pintar y bajarlos de allí me hacía dar saltitos de alegría.

—Lucas, he pensado en lo que me dijiste —le comenté una noche durante la cena.

—¿Y qué has decidido?

—Lo cierto es que he fantaseado mucho con la idea de volver a pintar. Sabes que es mi verdadera vocación... y creo que es el momento de volver a ella. —Mi sonrisa embargó mi rostro.

—Me parece muy bien, mientras no descuides tus labores domésticas. —Tras aquella afirmación, mi sonrisa dio paso a la rabia, que a su vez dio paso al dolor.

—Lucas, eso ha sido muy machista. —He de admitir que esto último lo dije con toda la rabia que bullía en mi interior y bregaba por salir.

—¡No digas estupideces! ¡Tu trabajo es cuidar de mí y de la casa! ¡Con tanto feminismo os habéis vuelto unas vagas! —Se levantó de la silla a voz en grito, me levantó la mano y acto seguido se fue enfadado al dormitorio.

A día de hoy pienso que, al haberme tapado la cara como un acto reflejo, fue lo que me salvó de la bofetada. Me quedé en esa posición unos minutos hasta que pude recomponerme.

Estaba aterrada, asustada y confundida. Él no me había demostrado en ningún momento esa faceta machista que sacaba ahora.

Sé que tendría que haber reaccionado, pero en ese momento no supe reaccionar, ni tan siquiera supe rebatir sus argumentos.

A la mañana siguiente, Lucas se había marchado a trabajar y yo hice lo propio. Estaba decidida a dejar

el empleo, no quería darle más motivos para enfadarse.

Al entrar en la oficina, fui a hablar con mi directora:

—Buenos días, Lara, toma asiento, por favor —me dijo mientras entraba y tomaba asiento en la butaca frente a su escritorio.

—Buenos días, Magda. Quería comentarte una cosa.

—Tú dirás, Lara —dijo expectante.

—He decidido dejar el empleo.

—¿Cómo? ¿Es eso cierto? Pensé que estabas cómoda con la vuelta a la oficina. Si no, siempre puedes volver al teletrabajo. —Magda y yo habíamos congeniado muy bien desde mi entrada en la empresa.

—No, verás, es que quiero retomar mi verdadera vocación: la pintura. —Obviamente, omití todos los detalles que no incumbían.

—Vaya... si es así, aunque lo lamento por la empresa, me alegro muchísimo por ti.

Tras una charla y unos besos, salí de la oficina y me marché. Magda me había dado los quince días de preaviso como vacaciones retribuidas que aún tenía pendientes.

Me alegré de volver a pintar, aunque había otro sentimiento en mí que no me gustaba: miedo.

Al llegar a casa comprobé que Lucas aún no había llegado y respiré. Me di cuenta en ese momento de que últimamente disfrutaba cuando no estaba en casa.

Decidí ir al trastero y recuperar todos mis útiles de pintura. Una vez los localicé en varias cajas apiladas unas encima de otras, las bajé con mucho esfuerzo y las acomodé en el cuarto vacío. Fui sacando poco a poco todo, vaciando caja tras caja con una sonrisa y mucha paz en mi interior. Hacía mucho tiempo que no sentía esa paz, y es que había olvidado lo que me proporcionaba pintar.

Estuve toda la tarde vaciando y desempolvando cajas. Cuando me quise dar cuenta eran las ocho de la tarde y aún no sabía qué iba a preparar de cenar.

Como un cervatillo asustado, me vi presa del pánico y corriendo hacia la cocina. Quería pintar, pero también sabía que mi deber era cocinar.

No seas muy duro conmigo, diario...

En aquel momento yo no sabía que todo aquello tenía un nombre: MALTRATO.

No era capaz de ver todo lo que hacía conmigo y el miedo que tenía a “desobedecer” sus “órdenes”.

Actuaba por instintos, me tenía tan anulada como persona y como mujer, que solo quería evitar discusiones.

Eché un vistazo a la nevera, la despensa y el congelador; saqué un par de patatas, cebolla y huevos, y me puse a hacer una tortilla de patata. Al menos no podría culparme por alimentarle mal y poco.

Cuando llegó a casa, yo casi había terminado. Había dispuesto la mesa y solo quedaba una vuelta a la

tortilla, lo cual me hizo suspirar de alivio. Creía que no iba a darme tiempo de terminarlo.

—Te ha salido muy bien la tortilla, amor. —Esa frase tan simple me hizo sonreír.

—Muchas gracias, cielo. Hoy he dimitido del trabajo. Y cuando he vuelto, he sacado todos los útiles de pintura del trastero, que estaban en el cuarto vacío. —Relaté todo con una ilusión que no me cabía en el pecho.

—Me alegro muchísimo, amor. Así podrás descansar también del trabajo. —Se levantó sonriendo y me dio un beso cargado de pasión.

CAPÍTULO 10

EL AMOR ESTÁ EN EL AIRE

Recuerdo aquellas dos semanas de mis vacaciones con un buen sabor de boca.

Desde que había dimitido, Lucas llegaba a casa feliz y me colmaba de besos, abrazos y palabras bonitas. Mientras, yo había vuelto a pintar; estaba en mi mejor momento.

Hablé con Claudia y se alegró muchísimo por mí. Incluso me comentó que una amiga suya tenía una galería de arte y quería ver mis obras, por lo cual yo salté de alegría.

Me dedicaba a pintar lo mejor que sabía y podía, y la inspiración no me faltó. Conseguí tener las tres obras que me pedía terminadas en el plazo previsto.

Cuando firmé la dimisión después de las dos semanas de vacaciones, no me sentí triste; al contrario, me sentía feliz y liberada.

Todo en mi vida parecía marchar bien. Lo que no sabía era que eso era temporal y todo se iría al traste con una oferta.

Un día caluroso del verano, mientras me encontraba preparando la cena, recibí una llamada de un número que no conocía.

—Dígame —contesté intrigada mientras removía las verduras.

—Buenas noches, ¿hablo con Lara López? —me preguntó una voz al otro lado que no reconocí.

—La misma, ¿qué desea? —contesté intrigada.

—Soy Elena Salvatierra, la directora de la galería de arte “Ildante”. Le llamo por unas obras que me hizo llegar a través de nuestra amiga en común, Claudia Valbuena. —Cuando escuché esa retahíla de palabras, yo solo pude pensar en “galería”, “arte” y “Claudia”.

—Sí, Claudia me informó de que usted quería ver tres de mis obras, y las envié como me indicó.

—La llamo porque las he visto y me parecen excepcionales. Debo darle mi enhorabuena, porque no es fácil impresionarme de esta forma. —Yo ya no podía sostenerme en pie y tuve que sentarme.

Elena Salvatierra era una de las directoras de arte más importantes de la zona, y me estaba llamando a mí en persona. Nunca creí que esto fuera a suceder.

—Ahora mismo estoy sin palabras, disculpe, pero no me esperaba para nada esta llamada.

—Lo comprendo. Por ello, la quiero citar en mi galería, si no tiene inconveniente en desplazarse.

—Para nada, dígame cuándo y allí estaré.

—El próximo lunes a las 10:15 tengo un hueco. La galería se encuentra a las afueras de Madrid; ahora le enviaré la ubicación por WhatsApp mi secretaria.

—Por supuesto, allí estaré el lunes. Muchísimas gracias. —Me despedí con lágrimas en los ojos, pugnando por salir. La ilusión era tal que no cabía en mí de júbilo.

Cuando llegó Lucas, le recibí con un beso y me preguntó el porqué de tanta alegría.

—Tengo una noticia muy buena, estoy hipermega contenta. —Parecía una niña pequeña, entre tanto saltito.

—Dime, ¿qué ha sucedido?

—Me ha llamado Elena Salvatierra, la galerista más importante de la zona. Quiere que nos veamos el lunes para hablar de mis obras —le dije entre saltos, mientras le sujetaba los hombros con las manos.

—¿Y vas a ir? —Su semblante se tornó serio y, de repente, todo en mi interior se desvaneció.

Lucas tenía el poder de desvanecer toda mi alegría con tan solo un gesto. Aquella vez fue la primera en la que noté el poder que tenía sobre mí.

—Por supuesto. Es una oportunidad única de exponer mis obras en público —le rebatí.

—Creía que ibas a dejar de trabajar y a ocuparte de la casa —otra vez la misma frase.

—Pero te dije que iba a volver a pintar, y tienes que entender que, aunque esto no es premeditado, si se me presenta esta oportunidad, no puedo desaprovecharla —tenía la esperanza de hacerle cambiar de opinión con mis argumentos. Ilusa de mí.

—¡Pintar es una afición, no un trabajo! —me gritó a la cara mientras me agarraba del pelo— ¿Me entiendes? —Sentía el aliento en la cara.

Comencé a llorar del miedo y el terror que me causaba que me estuviera agarrando del pelo; mi boca no era capaz de pronunciar ni una sola palabra.

Un instante después me soltó, pegó un golpe a la pared y se fue de casa. Yo me quedé hecha un ovillo en un rincón del pasillo. Solo escuchaba el sonido de la comida y mis sollozos.

Querido diario,

Esa fue la primera vez que me agredió físicamente, aunque no sería la última.

En aquel momento no era capaz de reconocer la magnitud de los hechos. En aquel momento pensé que solo un golpe era considerado maltrato. Me equivocaba.

Me levanté del suelo cuando mis ojos, ahogados en lágrimas, eran capaces de ver el humo proveniente de la cocina. La comida se había quemado, y yo no era consciente del rato que había pasado en el suelo.

Tiré toda la comida y me acosté en la cama; el hambre, la ilusión y la alegría se habían desvanecido en el aire como el polvo que levantas al barrer.

Me pasé toda la noche llorando hasta dormirme. Lucas no regresó y yo di las gracias por ello. Terror

era la palabra exacta para definir lo que sentía en aquel momento, cuando escuchaba la puerta del portal abrirse, pensando que sería él.

